

**CATALOGADO**

MATILDE ELENA LOPEZ

# Sobre el Angel y el Hombre

Poesía y Estilo de Claudia Lars

“Hay en ti, a causa de tus dos sangres, unas virtudes y una profundidad de la entraña que no tenemos ninguna de las mujeres-poetas del Continente”

GABRIELA MISTRAL.  
(Cartas a Cláudia Lars)

“Estamos más estrechamente ligados a lo visible que a lo invisible”

NOVALIS

En perfectas liras, en las que se expresa la poesía de la soledad en España, se manifiesta este cantar recóndito, entrañable Claudia Lars, como los clásicos españoles, construye su poesía sobre la lengua castellana y utiliza a cabalidad, sus valores estéticos, intraducibles. Por profundas afinidades espirituales, elige la lira de San Juan de la Cruz, la más alta culminación de nuestra poesía castellana.

*Sobre el Angel y el Hombre* es un poema en tres partes en el que la palabra poética se realiza en unidad de sentido y sonido, obvia condición de la poesía esencialmente lírica. Poesía esencial, pura, desprovista de toda sospe-

\* Escritora salvadoreña ganadora de varios premios internacionales de Poesía y de Ensayo. Doctora en Filosofía y Letras, egresada de la Universidad Central del Ecuador.

(1) Del libro en preparación: CLAUDIA LARS o EL ANGEL DE LA POESIA

cha de retórica. Las tres estancias emergen —señeros poemas en serie— relatando una historia extraña, la íntima biografía del alma del poeta. Por el más riguroso camino de perfección, trajina el ángel. Por la más desangrada entraña, padece el hombre su eclosión de rosas. Claudia Lars asciende por la vía mística —como San Juan— a un punto de luz, radiosa revelación del Arcángel, cuando esclarecida ya la conciencia, sigue el hilo luminoso. Es el cabal remate de aquel romanticismo dorado en el árbol de la vida, de su **Canción Redonda**, que evoluciona ahora al misticismo más puro. ¿No se quema en llama pasional el místico?

¿De qué nos habla Claudia Lars? Del amor, de la vida, del drama doloroso entre el ángel y el hombre. Del alma que se va limpiando como cuando amaneció en el primer día, en la luz primogénita. De la pasión oscura que a veces puede más que el sueño, de esa batalla interna por alcanzar el recto albedrío. Y recordamos de inmediato, el Mito de la Caverna, de Platón, por hondas vertientes: El hombre sólo ve pasar las sombras de las imágenes puras, cuya luz guarda en su memoria reflejo de otras edades.

Platónica como artista, acaso también pitagórica como Fray Luis de León por oír la música de las esferas, Claudia Lars por tanteos hondos, llega a la vía mística que conduce a Dios. Esa búsqueda venía desde **Estrellas en el Pozo**, pero ahora se hace tangible, reflexiva. Las estrellas son ahora puntos metafísicos, mónadas iluminadas. El diálogo entre el ángel y el hombre, surgió desde el principio, ahora culmina, alcanza cumbre de luz.

En lirás espirituales y sensuales, canta ese encuentro, la perfecta unión y la perfecta felicidad, el goce y el dolor. Todo es exclamación pasmada, arrobos y fuego, deslumbramiento que al amor ilumina mientras en él arde. En el Universo de su poesía hay una armonía autónoma que sostiene la pasión vibrante contenida en el espíritu —vaso de oro colmado de lágrimas— mientras va sonando una música, a la vez imagen, sentimiento, belleza. Esto es: forma y sentido. Y sonido, porque allí vibra el eco de la música extremada de Fray Luis de León. Merced a trabazón tan justa entre todos los componentes, merced a engranaje tan armonioso, sentimos con tal fuerza persuasiva la intensidad de cada palabra, cada verso, cada estrofa, sin perder nunca de vista su estricto conjunto. Claudia Lars alcanza el equilibrio clásico. Su poesía reposa —como la tragedia griega— sobre forma apolínea que contiene el tumultuoso ardor dionisiaco, forma y contenido. Contaminada de pasión romántica, halla la vía empinada, y asida al hilo de oro, salva el oscuro dédalo, con el hilo de Ariadna. Sin que ella misma lo sepa —acaso lo intuya— en esa lucha entre el ángel y el hombre, ha ganado la batalla la diáfana armonía. Su poesía se mueve en ese símbolo que disfraza otros símbolos indecibles, acaso indecifrables.

Ella recorre el mismo camino de Goethe en busca de las formas perfectas. Ama la serena forma apolínea y en ese vaso vierte la pasión turbulenta. Sabe que la poesía se logra merced al arte: arte del poema. Se construye sobre la lengua, como sobre el mármol. Y Claudia Lars esculpe la estatua del verso en mármol de Carrara. Acierta con el equilibrio supremo entre la poesía inspirada y la poesía construida, en oposición a tantos modernos para quienes la poesía y el arte presentan una contradicción irreductible. Esta es su

máxima virtud, y por ello se eleva por encima de las poetisas de América vibrantes de amor. Claudia Lars erige el poema como la más sutil arquitectura, donde cada pieza ha sido trabajada por mano artífice. En esa perfección artística, busca también la perfección espiritual: el ángel

Sólo así pudo crear San Juan de la Cruz ese portento de la Noche Oscura, la más alta cumbre de la poesía española. Y Claudia Lars busca esa pureza del verso, como quien tiene un tesoro y no quiere mostrar su hallazgo. Con voluntad de artista en busca de perfección. La asiste en su empresa noble, la gran poesía clásica española, cuyos caminos la invitó a seguir certeramente, Salomón de la Selva, a quien ella reconoce como su guía y conductor poético. Y la salva también de no caer en el exceso romántico que se da tardío en América, su otra sangre, la irlandesa, por vena oculta. Trae la pasión celta desatada en las venas, la materia de Bretaña que dio al mundo la más extraña poesía. Y ese substratum apasionado y turbulento, a la vez se atempera en la lengua inglesa. Y son poetas ingleses sus predilectos: los prerrafaelistas que buscan la sencillez y las formas simples.

La poesía de Claudia Lars a ratos borda el misterio, porque nada explica lógicamente, pero todo está allí mágico, revestido por la claridad de esa lumbré que la baña toda en gracia pura. Hay que seguir la pista por una llama que constantemente arde, en la que se logra la unidad poética absoluta. Analizar el oculto sentido, es difícil, porque es incommunicable. Hay signos, señales, símbolos. Y aunque al cerrar el puño se nos escapa la adivinada huella, queda la esencia, la pura poesía.

Pero Claudia Lars no ha seguido la tradición bíblica en la que concibe San Juan de la Cruz su altísima poesía. Los clásicos españoles le ofrecen el secreto armonioso del idioma, pero hay fuerza pagana, sangre celta de imposibles amores y desesperadas pasiones en el vertiente entrañable. Posee el dominio de la forma castellana —domina la lira, como domina el soneto y todas las formas poéticas— pero en su lirismo integrador, no hay reminiscencias del Cantar de los Cantares —suprema égloga bíblica— ni pesa la tradición greco-latino-italiana por vía directa, sino a través de los clásicos españoles. Su contenido es otro: la pasión celta. Y cuando canta el amor se enciende en amor místico como aquel puro caballero del Santo Graal. O como en el arrebatado de Tristán e Isolda. De otro modo canta San Juan: nos explica en prosa una doctrina mística, y leemos el canto de amor más ardiente y sensual que se haya escrito: La Noche Oscura.

La poesía nace por necesidad de expresión inefable. Es el caso de Claudia Lars. Apela al rodeo poético, con figuras, comparaciones, semejanzas, imágenes. El lenguaje exige condiciones lógicas, pero hay algo que no es pensamiento racional y no cabe en el discurso. Por ello, Claudia Lars, se revela en la poesía. Ni más ni menos: comparación, metáfora, símbolo. Porque el lenguaje rebasa sus límites intelectuales, y hay cierta magia que viene de muy lejos —¿de su sangre celta?— que sólo puede expresarse en poesía.

Y aún así, el lenguaje es insuficiente. Hay que trabajarlo con mano de artista y no dejarse arrastrar por la tormenta interior. Por eso nos asombra

su maestría. En su poesía no hay más que imágenes desnudas. ¿Qué significación se esconde en el poema *Sobre el Ángel y el Hombre*? Nos interesa su resonancia poética, por ahora. Hay evidentemente, vestigios de abstracción, trabazón de imágenes plásticas con ciertos componentes abstractos: la búsqueda de lo Innombrado. La oposición conceptual, apenas surge, porque Claudia Lars es poeta mágico, no lógico. Por ello su poesía es inefable.

*Imágenes, símbolos y alegorías*. Allí reside la poesía de Claudia Lars. El símbolo, íntimamente enlazado a la experiencia misma. El psicólogo podría interpretar el argumento que reside en *Sobre el Ángel y el Hombre*. Su símbolo viene de adentro, de la entraña espiritual, y es íntima fusión de la imagen que elige y de su experiencia vivida. Un drama intenso que se revela plásticamente en la poesía. La alegoría surge a ratos como conciencia clarividente, y ahora se ordenan los símbolos en una interpretación sistemática que se sigue en el libro *Sobre el Ángel y el Hombre*. Claro que la empresa no es fácil. Partiendo del símbolo —experiencia inefable— construye la alegoría que cruza todo el poema. O de sus excesivos símbolos. Bajo el sentido poético, yace otro oculto, el alegórico, que toma tierra. Es decir, se apoya en lo concreto, aunque sea levemente. Debemos agradecer que domine en ella la magia, la fantasía, el sueño. De lo contrario, la alada poesía volaría. Y ella asistió, puntual, a la cita del poeta, a la cita de Claudia Lars. Veamos cómo se realiza esta poesía.

## II

Ángel enamorado  
de la doliente casa de los hombres;  
criatura sin pecado  
que dejas, olvidado,  
el nombre eterno en terrenales nombres;

tu escondida presencia  
es un fulgor que canta o que suspira;  
la muda confidencia  
se escucha en la conciencia  
y a veces con el aire se respira.

Proclamo tu blancura;  
quiero explicar espacios que no entiendo:  
aquí mi luz oscura,  
allá . lágrima pura,  
y el mundo su ceguera defendiendo,

Si tu mano en mi mano  
coge parte del río que se bebe;  
si la hoja y el grano  
del pulsante verano  
son en tu fino amor latido breve;

prolongado latido  
es en mi corazón lo que despiertas;  
y vives recogido  
en mi frente o perdido  
por esta noche de cerradas puertas.

Escucho los rumores  
que vienen de la pálida ribera;  
con mis versos menores  
y mis grandes amores  
persigo la existencia verdadera.

Tu designio me obliga  
a encontrar el camino innominado;  
tu desvelo me liga  
a dolor y fatiga  
del que va con el grito desgarrado.

Alumbras y sostienes;  
brotan dulces praderas de tu aliento;  
estás conmigo vienes  
del soplo que mantienes  
en vasto y poderoso movimiento.

Buscándote en mi sombra  
—entre el miedo de ser y de acabarme—  
cuando el alma te nombra,  
al nombrarte se asombra  
de que quieras oírme y ampararme.

Morador de mi sueño:  
por tu brasa de luz, por tu alborada,  
este día pequeño,  
este fugaz empeño,  
son tu abismo de vida y tu posada.

### III

El constructor radiante,  
dueño de la virtud que aquí sostiene  
la línea vacilante,  
el asombrado instante  
en que la forma realidad obtiene;

dibuja lo más leve,  
suelta un águila blanca sobre el día,  
frondas y ciervos mueve  
en verde lejanía  
y es piedra y flor ¡tenaz sabiduría!

Por latidos de aroma  
y por vuelos finísimos del trino  
inaugurado asoma,  
y en inefable idioma  
nos da su pulsación y su destino.

Otros ángeles miran  
la vida en plenitud diferenciada;  
y al contemplar admiran  
y en beatitud aspiran  
la múltiple energía desatada;

pero el más refulgente  
—en la idea central de lo que existe—  
de sonido viviente,  
de mar inteligente,  
ve surgir la experiencia que persiste.

Las torres de su altura;  
el agua de los lirios, hasta el fondo;  
mi cuerpo —esta envoltura  
de la humana criatura—  
con el cual le descubro y le respondo:

brotan de su desvelo  
y están en su dominio contenidos:  
hijos de fuego y hielo,  
por la tierra y el cielo  
despertando, despiertos y dormidos.

Pregunto: ¿dónde, cuándo  
su incomprensible rostro será mío?  
Me voy enamorando  
de lo que ando buscando  
por secretos de llanto y de rocío.

Si el corazón pudiera  
seguirlo —con deseo largo y fuerte—  
mi sombra, tan severa,  
olvido olvido fuera  
como el suave olvidarnos en la muerte

Angel: días rectores  
me dan breves atisbos en la espera;  
con fríos punzadores  
y cenizas de flores  
ando el invierno, porque soy viajera.

Sin cansarme persigo  
la solitaria luz que adentro arde;

angustiada te digo:  
territorio enemigo  
voy a cruzar. y a veces soy cobarde.

Siento que no me dejas;  
conozco tu fulgor, de ahora y antes;  
si pienso que te alejas  
advierto que reflejas  
la eternidad en luces caminantes.

En el fragmento del primer cántico que hemos presentado, Claudia Lars alcanza elevación lírica bien sostenida. Se inicia el Cántico II del primer poema, con un ritmo de sosiego —propio de la lira que combina heptasílabos y endecasílabos— con un ritmo reflexivo y suave. Recordemos el huerto de Fray Luis de León —símbolo del sosiego— que nos da su clima de égloga con las mismas liras clásicas. Karl Vossler —estilista que comanda la escuela de Munich— se refiere a este ritmo sosegado, en su obra *La Poesía de la Soledad en España* y nos explica estilísticamente las posibilidades de la lira para obtener el ritmo que sugiere la calma serena del retiro —el huerto de Fray Luis— o el refugio amante en *La Noche Oscura*.

Claudia Lars lo elige para lograr el clima de serenidad en que se mueve “el ángel” en su primer cántico. Obtiene unidad de sentido y sonido, el equilibrio único que se logra —y lo logra sólo un buen poeta cuando el fondo emana de su forma. Viene como emanado de la única forma que lo puede contener. Sin saberlo acaso, por intuición de poeta, Claudia da el clima perfecto del ángel: armonía, serenidad, sosiego. Orilla de calma y remanso para meditar en las graves cosas de la existencia del hombre: de la vida y de la muerte. Las tormentas de su corazón apasionado, han quedado detenidas en esa playa dulce, desde donde ve pasar la vida y reflexiona sobre el instante fugaz y lo eterno inconmensurable: “la eternidad en luces caminantes”

En Cántico II es de una perfección acabada: noble en el contenido, cabal en la forma. En simples imágenes construye su pensar hondo y existencial —lo agónico existencial que contamina la poesía clásica española— y no precisa adorno, ni adjetivos siquiera, y menos bordados metafóricos. Simple argamaza para la lira superficial y la arquitectura comedida —como de templo griego— en donde habita el ángel, es decir, lo más puro de su pensamiento. La búsqueda espiritual del poeta que quiere alcanzar perfección. Entiéndase, armonía de su alma, y al hallarlo, logra también pureza estética. Elijamos el cántico II:

prolongado latido  
es en mi corazón lo que despiertas;  
y vives recogido  
en mi frente o perdido  
por esta noche de cerradas puertas.

Comparemos ahora con la cumbre de la poesía castellana y del misticismo español del siglo XVI: San Juan de la Cruz

En una noche oscura  
con ansias en amores inflamada,  
¡Oh, dichosa ventura!  
Salí sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada.

Entre la noche y el alba, se encuentran los enamorados, y su amor se consume con la más dichosa plenitud. En esa aventura hay sin embargo, un sosiego seguro: "Estando ya mi casa sosegada" —verso final de las dos primeras estrofas. ¿Por qué la comparación? Porque a la cumbre altísima de la poesía de San Juan no llegó ningún poeta y decimos que Claudia lo logra, pero leed las estrofas del ángel y seguid el ritmo de la Noche Oscura. Las líricas de Claudia Lars son legítimas. Oro macizo y auténtico. Oro viejo de legítima onza castellana.

Elijamos otra estrofa del Cántico II

Buscándote en mi sombra  
—entre el miedo de ser y de acabarme—  
cuando el alma te nombra,  
al nombrarte se asombra  
de que quieras oírme y ampararme.

(Y la que sigue: Oigamos)

Morador de mi sueño:  
por tu brasa de luz, por tu alborada,  
este día pequeño,  
este fugaz empeño,  
son tu abismo de vida y tu posada.

Comparemos la tierna claridad con que se esboza el amanecer en San Juan: "¡Oh noche amable más que el alborada!" Y la profunda paz del amor consumado:

Allí quedó dormido

Un ritmo lento y una atmósfera iluminada ven dormir el amor sobre el pecho florido:

Quedeme y olvidéme.  
El rostro recliné sobre el Amado,  
cesó todo y dejé,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.

La armonía del amor absorbe en sí mismo, la logra San Juan con reiteración de verbos negativos de creciente anulación: quedarse, olvidarse, reclinarse, cesar, dejar, dejeme. Ninguna violencia hiere el silencio. Claudia habla del ángel —no del amor— ¿O es la misma búsqueda mística?:

“Morador de mi sueño:  
por tu brasa de luz, por tu alborada ”

En el Cántico III del primer poema al ángel, apenas una sinestesia en la lisa superficie:

“Por LATIDOS DE AROMA  
y por VUELOS finísimos del TRINO  
inaugurado asoma,  
y en inefable idioma  
nos da su pulsación y su destino.

El *Latido* tiene aroma (la sinestesia rompe la frontera entre los sentidos y fue el hallazgo estilístico de los poetas simbolistas franceses, esto es, el impresionismo en la poesía) Se confunde al oír con el oler —oído-olfato— y se confunde el vuelo que se ve, con el trino, que se oye, en una sinécdoque que viene de la tradición grecolatina: el trino por el pájaro. García Lorca usa la sinestesia en su poesía impresionista y en todo poeta que maneja símbolos, se da exactamente. Es propio del simbolista y Claudia Lars usa reiterados símbolos que se traducen al final y que rodean el símbolo principal: el ángel.

Pero si en otros poemas el impresionismo es predominante en Claudia, *Sobre el Ángel* y *el Hombre*, en cambio, sólo se da como símbolo y no en el sentido que entendemos el impresionismo: lo que nos sugiere el objeto. Acaso, en el sugerir, no decir, de los simbolistas franceses. Ocasionalmente hallamos aquí la sinestesia, recurso impresionista, como en la audición coloreada de Mallarmé. Acaso le llegue a Claudia por la vía del Modernismo y no como influencia francesa directa. O por el lenguaje de aquella generación española al filo de la guerra civil y cuyo representante además célebre es Federico García Lorca. La que vivió y escribió en España entre 1920 y 1936. Y mucho debe esa generación a Rubén Darío. Su fecha capital es 1898: cuando nace García Lorca y Vicente Aleixandre. Claudia Lars nace en 1899. Perteneció poéticamente, a la generación de García Lorca y trabaja con el mismo material idiomático: la lengua castellana sobre la que se alza su poesía. Si una generación agrupa a poetas nacidos durante un período de quince años, ésta de la guerra civil, incluye a Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Emilio Prados, del 99 como Claudia, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre —el benjamín de la generación, nacido en 1905. Tres lustros de rigor teórico entre Salinas y Altolaguirre. En la poesía hispanoamericana, es la generación de Claudia Lars. Darío nace en el año de 1867 y muere en 1916. La influencia modernista pesa en aquella generación española. Ocasión habrá de hablar de ello en *Romances de Norte y Sur* —1946— de Claudia Lars.

Sigamos en la comparación de las lirás del Ángel con las del glorioso poeta del cielo y de la tierra. Dice Claudia: (Cántico III)

El constructor radiante,  
dueño de la virtud que aquí sostiene

la línea vacilante,  
el asombrado instante  
en que la forma realidad obtiene;

Y avanzando en la lectura de la estrofa sexta:

Las torres de su altura;  
el agua de los lirios, hasta el fondo;  
mi cuerpo —esta envoltura  
de la humana criatura—  
con el cual le descubro y le respondo;

¿No es la misma decoración del “aire de la almena”, medieval castellano de La Noche Oscura?

“Las torres de su altura;  
el agua de los lirios, hasta el fondo;

Sigue el mismo corte de la descripción, del paisaje anímico de Claudia que ve al ángel en “las torres de su altura” y luego baja el “agua de los lirios, hasta el fondo”; para encontrar su propio cuerpo:

mi cuerpo —esta envoltura  
de la humana criatura—  
con el cual le descubro y le respondo;

Imagen sugeridora del desprendimiento místico, del desprecio terrenal. El cuerpo es sólo una “envoltura” para el viaje de este mundo, una cáscara que puede desecharse por una vida superior, que está detrás, al abrir esa puerta metafísica.

Y esta idea se ahonda en el vocativo:

Ángel: días rectores  
me dan breves atisbos en la espera;  
con fríos punzadores  
y ceniza de flores  
ando el invierno, porque soy viajera.

Sin cansarme persigo  
la solitaria luz que adentro arde;  
angustiada te digo:  
territorio enemigo  
voy a cruzar y a veces soy cobarde.

Siento que no me dejas;  
conozco tu fulgor, de ahora y antes;  
si pienso que te alejas  
advierto que reflejas  
la eternidad en luces caminantes.

Es el mismo viaje místico en busca de la unión con Dios, pasando por la vía purgativa y la vía iluminativa: Purgatio, Illuminatio, Unio. San Juan necesita explicar su doctrina en larga prosa y tres poemas son suficientes para expresar el milagro místico: Noche Oscura, El Cántico Espiritual, la Llama de amor viva. A una explicación bastante amplia de la doctrina, corresponde una obra poética muy breve, acaso única en su brevedad en la literatura universal. Toda la historia condensada en siete poesías, cuya génesis está en la Biblia y cuyo significado trascendental viene del Cantar de los Cantares.

Pero no es éste el antecedente de Claudia Lars, aunque la búsqueda sea la misma. San Juan recurre a la alegoría del Esposo y de la Esposa, de tradición remota. Claudia parte de un símbolo: el ángel.

El Cántico-Egloga que sigue a La Noche Oscura, relata la misma historia en doscientos versos: (No tiene más que cuarenta La Noche Oscura) búsqueda, encuentro, consumación. El muro de la perfecta pareja, está diseñado así:

**Por las amenas lirás  
y cantos de serenitas os conjuro  
que cesen vuestras iras,  
y no toquéis al muro  
porque la Esposa duerma más seguro.**

Las montañas, "los valles solitarios nemorosos", sirve de fondo al amor gozoso.

**En la noche serena  
Con llama que consume y no da pena.**

Al leer a San Juan sin previas explicaciones doctrinarias, gozamos el más bello canto de amor que jamás se haya escrito, con una pareja que vive allí, en el ámbito del poema y nada más. Sólo después seguimos la alegoría plano por plano. Aquí está patente la alegoría: pecado original y redención cristiana:

**Debajo del manzano  
allí conmigo fuiste desposada,  
allí te di la mano,  
y fuiste reparada  
donde tu madre fuera violada.**

El santo lo explica así: "así como por medio del árbol vedado en el paraíso fue perdida y estragada (el alma) en la naturaleza humana por Adán, así en el árbol de la cruz fue redimida y reparada, dándole allí la mano de su favor y misericordia por miedo de su muerte y pasión, alcanzando las treguas que del pecado original había entre el hombre y Dios. Larga explicación del santo que para el poeta sólo requiere una estrofa.

En Claudia Lars no se puede seguir plano a plano la alegoría, porque no se apoya en lo concreto: sigue en el símbolo, que atraviesa todo el poema. Sobre el Ángel y el Hombre. La imagen del ángel, reiterada, se ha vuelto

símbolo, y este símbolo, sólo al final, encarna una alegoría. El procedimiento es distinto, aunque la esencia espiritual sea la misma

No es una coincidencia que Claudia haya elegido las liras para su poema; hay reminiscencias vagas y afinidades espirituales acaso insospechadas para ella. *Sobre el Ángel y el Hombre* es una estética resonancia de la poesía clásica española

En el Cántico IV del primer poema, reitera ese pensamiento ascético sobre el cuerpo:

Cuerpo: casa profunda  
donde el ángel esconde su secreto;  
tu sombra lo circunda  
y tu sangre le inunda  
de humano palpitante, vivo y completo.

En ese desprecio de la vida terrenal presintiendo una morada altísima y eterna, en ese drama intenso que hay en la lucha del ángel y el hombre, hay inserta una idea ética, un camino de perfección y una concepción metafísica. ¿Cómo se realiza esa pugna? Claudia Lars nos dice reflexiva

Pedir sobre la tierra  
rostros que alumbran, lumbre que humaniza;  
saber que estoy en guerra  
con mi propia ceniza:  
¡puñado de la tierra movediza!

Es el ángel lo siento  
aletear como blanca mariposa;  
urgido sobrealiento,  
tenaz presentimiento  
de un despertar en patria más dichosa

Nos dice, y en su decir hay una oración que suplica, que añora y anhela una vida perenne, porque no es posible que este cuerpo se acabe y no haya más. Duele el pensamiento, se desgarran y por eso su poesía, el ángel de Claudia busca las vías místicas: la purgativa, la iluminativa, la unitiva. No es que siga las tres etapas para hallar a Dios. Pero presente sus caminos. Así, en el Cántico V, el corazón ardoroso busca, tantea, ruega por humano

De un trasmundo escondido  
llega con su horizonte y con su fuego;  
en cuerpo de hombre hundido,  
por camino tan ciego  
suelta el humano y solitario ruego.

Nadie sabe que viene  
hasta mi corazón, de mi pasado;

el amor que mantiene  
lo define a mi lado  
y lo entrega de amores coronado

Viajero suplicante,  
al pie del hospedaje sensitivo;  
¿en qué playa distante  
y en qué río cautivo  
diste una vez tu oscuro fuego vivo?

Traes laúd amargo,  
con pájaros de sal en el cordaje;  
del recuerdo —tan largo—  
y el desafiante viaje  
nace la sabia flor de tu linaje

¿Dónde surgió el impulso  
de agua que busca la llanura sola?  
¿Fue en un limo convulso,  
que nutre y enarbola  
rama vivaz y salto de amapola?

¿O fue en tu mar borrado  
—hoy en relatos, para el día triste—  
en mi país deseado,  
el planeta olvidado  
que encontraste en su fábula y perdiste?

El tiempo es, pues, un camino sin dirección —como en la concepción bergsoniana— el presente está cargado del pasado, nuestra vida de hoy es reflejo de culpas antiguas, espejo en que se ve la flor del mal. Pero a la vez, el pasado está cargado con el presente, como en las Tres Piezas sobre el Tiempo de Priestley, y acaso con el futuro, en esta cadena de vidas con su ley de causa y efecto. Se puede eludir el castigo, pero la vida pedirá cuentas tarde o temprano. Esta concepción no le llega por el cristianismo, sino de ética más antigua, de la génesis cristiana de la profunda sabiduría de los vedas. En la lengua sagrada de los vedas, ya amanecía esta lucha del bien y del mal. Cuando llega a los griegos, ya era antigua la idea de la purificación por el sufrimiento. “La sabiduría sólo se alcanza por el dolor” —canta el coro esquilino de la tragedia griega. “La falta de medida es la raíz de todo mal” —sentencia Sófocles. “El hombre es la raíz de su destino” —clama seguro Eurípides bajo el signo de los sofistas. Los griegos heredan la cultura sanscrista que llega iluminada de signos extraños. Las viejas teorías orientales de la reencarnación y del budismo, se remozan en la poesía de Claudia Lars porque ella ha seguido esa pista misteriosa. El cristianismo también abrevó en aquellos hontanares eternos, y por ello, el motivo ético en San Juan —la mística— se engarza en la trabazón poética de *Sobre el Ángel y el Hombre*. Y sigue Claudia en el asombro de su descubrimiento.

Debajo de los ojos,  
por el agrio misterio de la entraña,  
entre sargazos rojos  
y ardorosa montaña  
el ayer de otra vida me acompaña

Claudia Lars nos habla de la purificación por el dolor —catarsis griega— Vía purgativa— en lenguaje místico La vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva, acaso correspondan a las tres “gunas” orientales: *tamas* —oscuridad— *rajas* —purificación— y *sattva* —salvación— El camino de la contemplación y del conocimiento, es el *gnami-yoga*. El *karma-yoga*: es el camino de la acción justa y perfecta, en el triple viaje en el mundo interno, según los Vedas En Oriente se habla de Maya y de “*avidya*” (ignorancia) como origen de la caída del hombre de la esfera espiritual y eterna, a la limitada por la materia Es el mito de Narciso que se hunde persiguiendo su propia imagen; el desmembramiento de Osiris; la caída de los Titanes, el “castigo de Prometeo”, en los mitos y leyendas antiguos El pecado “original” del cristianismo.

Ahora ya entendemos esta poesía hermética, incomunicada, porque no se quiere comunicar más que con los iniciados. Y el símbolo tiene eso de prodigioso: puede significar ésto o aquéllo “Hablo para quien me entiende” ha dicho Claudia en algún poema Ahora entendemos:

Quando el ciprés refiere  
esta profunda historia de gusanos  
el espino me hiere  
con sus muchos veranos,  
y revivo el entierro de mis manos.

Pero también evoco  
algo como el rosal de la semilla;  
despacio, poco a poco,  
con potencia sencilla,  
abre la noche rosas en su orilla.

No importa dónde y cuándo:  
somos el soplo de aquel día ausente:  
hablemos, recordando  
nuestro viaje obediente  
a la frágil llamada del presente  
(los subrayados son nuestros)

Cada uno de los poemas, va precedido de un texto explicativo o leit motiv El primer poema que hemos tratado de interpretar en líneas anteriores, lleva un acápite de Yehuiá Halevy (Los Angeles del Cielo del Altísimo):

Nadie contó la inmensa muchedumbre  
de espíritus que, en torno de su lumbre,  
cantan sus alabanzas inmortales.  
Sus infinitos rostros reproducen  
la faz tremenda y la visible espalda.

El poema del ángel se ilumina de sabiduría oriental, camino predilecto de Claudia Lars. El segundo poema, se apoya en tierra humana. Nace bajo el signo del amor —parte del drama entre el ángel y el hombre— y lo sostiene un corazón en llamas. Nos introduce al tema con una breve explicación: Preguntáronle al amigo qué cosa era bienaventuranza, y respondió: malandanza sostenida por amor (Raimundo Lulio)

¿De qué nos habla ahora el poeta? Del amor, del simple amor humano: el corazón que arrastra, ata a la tierra, la pasión que oscurece. Es la tormenta súbita en medio del mar, o mar adentro y con todo, “dichoso escondrijo de corazón, que tiene tanto valor que lo sujeta todo” (San Juan de la Cruz a la M. María de Jesús, 1589) El poeta nos habla del amor, sin más luz que la luz del corazón: malandanza sostenida por amor

Y ahora la lira recuerda en su euforia fresca, la **Canción Redonda**:

Siempre habré de quererte como ahora  
amor de luces blancas

O bien:

Suelto mi canto vivo como el pájaro libre  
y tengo el alma diáfana, esponjada y gozosa.

Con el júbilo matinal de la alondra, canta Claudia: (Cántico I)

Se abre la suelta flor de mi alegría,  
se abre con su aventura;  
es la más fina posesión del día,  
su encendida locura;  
se abre porque de nieblas del invierno  
y sellado letargo  
llega el amor —el jubiloso eterno—  
con ese deslumbrante beso largo

Maduro está el rosal en sus ardores,  
madura la corona de la espiga,  
beben un aire azul los labradores  
y descansa la hormiga;  
escogidas distancias  
celebran golondrinas forasteras,  
y cálidas fragancias  
dan a mi pecho todas las praderas.

Ni mayo con sus leves mariposas  
ni junio con sus grillos  
tienen —como este agosto de mis rosas—  
tan hondos amarillos;  
ya viene el corazón de la arboleda,  
ya viene palpitante,  
trayendo paraísos de reseda  
y el tímido candor del agua errante.

El primer poema del ángel que se daba en sustantivos densos desprovistos del epíteto, pinta ahora la maciza substancia, en este segundo poema, con el adjetivo preciso y con todos sus elementos estéticos

tienen --como este agosto de mis rosas--  
tan HONDOS AMARILLOS

Hallazgo estilístico milagroso, como probaremos en el análisis poético Su calidad artística, despliega aquí dones preciosos, virtuosidades estéticas El Cántico II nos deslumbra

He descubierto tierras extasiadas  
en este amor, tan vivo  
Tengo suaves alcores y majadas  
y el follaje impulsivo.  
¿En dónde las orillas amorosas?  
¿En qué huerto el espliego?  
Un fino sur de palmas orgullosas  
me da su verde fuego

Se enciende la torcaz como una brasa;  
se encienden los espinos;  
hay un silencio que volando pasa,  
con nombre de caminos;  
isla de mis abejas, claro monte  
de aroma duradero;  
llamada de horizonte y horizonte  
desde el amor primero.

Claudia se desborda en imágenes sugeridoras, intensivas

y con alados tréboles alfombra  
azules cordilleras.

El adjetivo finamente usado, para volver plástica la imagen y más sensorial, objetiva. El primer poema del ángel, no lo requiere porque busca tierra adentro --lo subjetivo del alma-- El segundo poema canta el amor con deslumbradoras imágenes, objetivas "El aire de las hojas rumorosas lleva y devuelve su violín agudo" La tierra de tu pecho y de mi frente es doble semillero florecido" Doble semillero florecido Adjetivos en cruz que le dan alas al sustantivo: semillero El "doble" y el "florecido", lo arrancan de la tierra con nueva carga semántica No es el semillero, así, a secas: florece doblemente por virtud del adjetivo bien empleado  
Y luego ese aire vagaroso, nemeroso

Voy con esta alegría desatada  
del naranjo a la higuera.  
¿Quién me llama la bienenamorada  
y quién, la colmenera?

ya entrega soledades la violeta  
en su verde atadura  
comarca del encuentro, mediodía  
de trémulos parajes;  
mi cuerpo mi camino la osadía  
**DE ENTRAR EN EL TEMBLOR DE TUS RAMAJES.**

En el Canto III, el poeta añora el amor ido, porque en él mismo traía su acabamiento. Escoge Claudia un clima de saudade para cantar la desesperanza, la nostalgia del amor perdido. Los paraísos perdidos de Proust construidos sobre la memoria. Y la poesía de Claudia Lars es eso. Poesía que se hace sobre la memoria y recorre lo andado. Ahora intuye que el amor estaba ya predestinado a morir y canta el ocaso de ese amor. ¿Acaso no tiene todo amor su alfa y omega? Y por eso nos dice

### III

Nace el amor en tallos de la muerte  
como flor presurosa;  
nunca el amante corazón advierte  
espadas del jardín sobre la rosa;  
nace el amor y apenas resplandece  
quiebra su rojo vuelo.  
¿A qué extraños mandatos obedece  
por el aire y el suelo?

Nace el amor y aquí su llama ardida  
no deja casi nada;  
lo que era ayer el centro de mi vida  
se vuelve ciudadela abandonada.  
¿Apaga el corazón los finos verdes  
que este cielo derrama?

✓Hermoso símbolo del amor y de la soledad es esa “ciudadela abandonada y el corazón apagando “sus finos verdes” Claudia es la gran nombradora, y el secreto del estilo es la virtud de bautizar las cosas como si fueran ahora creadas

Ese dolor causado por la soledad —terrible amor de ausencia y de rosas perdidas— lo pinta ella magistralmente. Y como vuelve al hondo sentir, no necesita adjetivos, y el verbo en infinitivo, que es como darle nombre, sustancia o clima de propósito no cumplido. No hay acción, sólo necesidad de asirse como único recurso, y así pinta el amor destrozado con puras imágenes y simples palabras

Miro el día desdecho entre mis brazos;  
recojo la ceniza;  
guardo el eco dolido de unos pasos,  
que ya no van de prisa;  
si he de alcanzar las dulces amapolas

y el camino vehemente  
tengo que desgarrar mis manos solas  
y hasta olvidar mi frente.

En dos pinceladas ha pintado el amor en abandono, la nostalgia de ese amor y su saudade. La frágil ilusión que vuela, inasible mariposa en fuga dejando entre las manos el polvo de oro de sus alas. Y así, como sueño impalpable, lo vé irse, y aprende el duro renunciamento:

¡Ah, frágil regocijo de blancura!  
¡Ah, mi amor volandero!  
¿En qué nuevo dominio la clausura  
de aquel verano entero?  
Aunque soy del amor, ya no persigo  
su cítara o su espada,  
y estoy en mi pregunta, en mi castigo,  
como muerte olvidada

El amor es su tema. Dichos de amor que no se resigna a lo perdido y surge ahora la evocación inefable del amor humano y por humano, exclusivo. Atendamos a la lectura del poema, a sus únicos valores, a su atmósfera terrestre, desesperada e imposible:

Visitante que dejas  
este rumbo tenaz, de pensamiento;  
tañedor que en la música te alejas  
y vuelves con tus arpas, como el viento;  
la casa te reclama  
en sombra iluminada y en neblina,  
y antigua flor proclama  
el bosque amigo y tu especial colina.

¿Por qué sien, por qué vena  
debes volver —amor— a tu posada?  
¿En qué oscura azucena  
he de salvar mi abeja lacerada?  
Decid, decid cantando  
el prado, el río, el colmenar sin dueño,  
y sabed que demando  
**UN AMOR VIVO EN ESTE AMOR DE SUEÑO.**

La casa cerrada, en esa esfera del poema, tiene cien llaves que no puede abrir la enamorada, a pesar de que el pájaro-corazón se abraza  
¡pájaro eternamente aventurero!

Todo está claro en este segundo poema del amor humano. Lo inefable del ángel, se dijo con símbolos, porque no podía comunicarse lo indecible, porque la materia de que trata es inasible. Para cantar el amor terreno, Claudia Lars ensaya el solo de pasión y de tristeza que viene en los cantares celtas: patético amor desesperado. Como una balada nórdica en la flauta de Ossian:

Dime, casa cerrada:  
¿Por qué crecieron sales en tus muros?  
¿Por qué la enamorada  
perdió tu llave en dédalos oscuros?

Y aunque el tema es romántico amor, pasión, muerte, temas predilectos del romanticismo, Claudia tiene el tino supremo de no caer en la sensiblería. Del romanticismo le ha quedado la emoción nerviosa, el sentimiento suave en el decir, no el grito desacompañado. De los simbolistas, el tono velado, el dulce diapasón conmovido, lleno de resonancia. Poesía de lo espiritual indefinible que se ofrece como vaga sugestión más que como estricta comunicación. Brota del alma como chispa eléctrica. Hierde el sentimiento como una palabra, y huye, desnuda de artificios. La cuerda de la lira vibra con un zumbido armonioso, y en esto se aparta de los poetas románticos que gritan su pasión incontenible e incontentada. Más atentos al sentimiento que a la forma, más atentos a la inspiración que al arte. La poesía de Claudia Lars, se salva de tal desequilibrio romántico. Es el roce del ala que despierta un acorde en lo más entrañado del corazón. Es la emoción inefable que sólo es posible sugerir más que expresar directamente. Poesía, pues, de lo espiritual indefinible como vaga sugestión más que como estricta comunicación. El sentimiento cabe exacto en el vocablo con toda su eficacia irradiante y musical:

Tal vez regrese un día —casalumbre—  
al sitio enmudecido y receloso;  
tal vez tengas al fin la certidumbre  
de que te guardo en llanto poderoso;  
salvada en pensamiento  
persigo en tí lo que en mudez escondes,  
y estoy como la lluvia, como el viento,  
llamando para ver si me respondes.

Claudia Lars acaba por entregarnos —suma dicente— la victoriosa expresión estremecida. Y lo hace con tino, con gracia, como la centella alumbrada en lo oscuro; con maestría que sabe captar esa centella, a un tiempo luminoso y misterioso. El sentimiento se eleva a recuerdo, el recuerdo se eleva a sueño y así alcanza su forma verbal con su fuerza de sugestión.

Esa frontera de inadecuación entre el alma y la palabra, la salva Claudia Lars luminosamente y nos entrega una poesía que es esencia, desprovista de retórica,alzada en una grave túnica que no deja ver el diástole romántico. Contentada en el templo, como una alianza de inspiración y razón. Ni se va por una ruta del todo intuitiva, irracional hasta el absurdo, ni llega al rigor sin ardor. Tiene el tacto de dejar o tomar aquello que convenga al clima del poema. Ese misterioso espíritu que domina en la obra del artista, y nos presenta, como los simbolistas, el objeto, no como es, sino como se presenta a la imaginación.

“Nunca podrá ser demasiado frío y consciente el poeta joven” —dice Novalis—. Un estilo verdaderamente poético y musical exige calma y concentración. Cuando una tempestad agita el corazón del poeta, atónito y confuso, no surge más que un maremagnum sin sentido”. Esto lo aprendió Claudia Lars

desde el principio. Acaso haya influido en su buen sentido de elección, su maestro, Salomón de la Selva, amoroso descubridor de los clásicos griegos. “Cuando siento, no escribo” —ha dicho Bécquer. Eso explica que sus rimas que muchos sólo evocan como románticas, posean un artificio delicado, de arquitectura perfecta. El acto de escribir es posterior a la vida que evoca aquella escritura. El escritor recuerda, y si la memoria es la cuna de la poesía, los materiales vividos reaparecerán serenos por el recuerdo “Pero no basta tener recuerdos” —aconseja Rilke— es preciso que ese recuerdo se haya transmutado en propia sangre, para que en medio de la noche, nos venga, de pronto, la primera palabra de un poema.

Friedrich Schlegel dice que “cuando el artista se encuentra bajo el poder de la imaginación y del entusiasmo, no está en las debidas condiciones para comunicar lo que tiene que decir. . En esa situación desearás decirlo todo. Quien cae en tentación semejante no acierta a reconocer el valor y el mérito de la autocontención”. Ni siquiera los místicos escriben en trance. Esperan —dice Lorca— que la diáfana paloma del Espíritu Santo haya abandonado el aposento. Este es el secreto de la poesía de Claudia Lars y por eso es capaz de volver sobre el mismo tema, en recreación de sí misma, vuelta hacia los recuerdos, ahora materia del poema *Del Fino Amanecer trae zumos depurados de Donde Llegan los pasos*. El mismo hilo autobiográfico que vuelve a la tierra de la infancia y recorre sus estaciones florecidas. El mismo deslumbramiento sabio y enternecido.

A este dominio del artista, señor de sus emociones, alude Achim von Arnim cuando sostiene que “ningún poeta ha hecho obra perenne, bajo el imperio de la pasión”. Concluida la pasión, será posible cantarla. Y así lo hace Claudia Lars: (Canto VI del segundo poema *Sobre el Angel y el Hombre*).

Amor, dardo escondido  
que hieres el silencio y lo entristeces;  
ausencia del perdido,  
creciendo como creces  
lloras su helado nombre cien mil veces.

Me has dejado muriendo  
de muerte lenta, que por lenta es muda;  
tus señales no entiendo  
ni el corazón me ayuda:  
¡aprende sin gemir muerte desnuda!

La noche del suspiro  
duele por dentro en sal desesperada;  
la sombra que respiro  
como noche salada,  
es mi propia tiniebla apasionada.

Para nombrarte quiero  
playa ceñida de aventadas olas;

el paraje severo  
sin flor de caracolas:  
¡isla de estar y de morir a solas!

El adiós sollozante  
ofrece todavía su amargura;  
por tuyo y por amante  
es viva quemadura:  
el filo de una llama que perdura.

¿Enseñaré al olvido  
a borrar los secretos de tu fuego?  
¿Permitiré al caído  
amor, doliente y ciego,  
a esconder en mi voz el dulce ruego?

Si era tuya la rosa,  
y mío el verde-azul de los laureles;  
si la luna amorosa  
tuvo ardientes lebreles,  
¿por qué esta soledad en noches fieles?

Ya es la tarde de octubre;  
ya el árbol inclinado casi reza;  
ya la vida descubre  
su lección de tristeza  
y el río amargo donde el llanto empieza.

Alondra confidente  
recoge en sus ardores mi reclamo  
y te ofrece el ardiente  
lucero que derramo:  
el mundo de la noche en que te llamo.

Llevándote mis sienes  
y el rumor de una oculta marejada,  
en sombra que mantienes  
hunde rosa quemada  
y es flauta limpia en limpia madrugada.

Para el tiempo que viene  
promete el corazón del verde grano,  
el eco que sostiene  
memorias de un verano  
y estas liras pulsantes en mi mano.

Solo en España la mística alcanza categoría estética-aunque el misticismo sea un fenómeno universal. No obstante, el poeta místico no puede expresar plenamente sus intuiciones y el lenguaje le resulta insuficiente

Poesía es comunicación de estados anímicos por medio de la palabra, pero algunas veces el poeta no puede comunicarse; no puede decir cabalmente lo que sabe, sufre o goza. No es porque deliberadamente quiera ser oscuro o hermético. El poeta profano, aún sin partir de un fondo sobrenatural, encuentra a veces el vocablo preciso para expresar su emoción. Eso ocurre con aquellos poetas que proclaman el valor primordial de los sueños y hubo grandes soñadores en el siglo de oro español. Para los surrealistas es equivalente el mundo soñado y el mundo real. ¿Y no hay conexión entre el alma cuando sueña y el mundo espiritual?

“Sólo en nosotros percibimos la verdadera armonía de las esferas —dice Jean Paul— y el genio de nuestro corazón no nos enseña estas armonías —como a los pájaros— sino oscureciendo nuestra jaula terrestre”. “El sueño sepulta el primer mundo, sus noches, sus congojas, y nos brinda un segundo mundo con las formas que hemos amado y perdido, con escenas demasiado vastas para nuestra minúscula Tierra”. Jean Paul sueña “para gozar de la gran Noche como si fuese el Día; pero esa Noche es un Día mucho más hondo y esencial”. Acaso esa concepción germánica sea el embrión, el limbo de la poesía surrealista. Acaso se cumple así la evolución poética de los “soñadores” —como Quevedo— y como Bécquer —siglo de oro y siglo XIX— hacia la poesía surrealista. ¿No hay algo de común entre el conceptismo como fenómeno barroco, y el romanticismo, nuevo turbión pasional esgrimido con fiereza, preocupaciones religiosas o sobrenaturales? ¿No abrió el romanticismo la ventana al abismo surrealista? ¿No creó el simbolismo los signos de indicio y esa como adivinación del símbolo? De ahí no había nada más que un paso hacia el subconsciente dinámico de Freud, bajo cuyo signo —y amparados por la filosofía de Bergson— nace el surrealismo. Por ello, es fácil que el poeta de afinidades románticas, recorra las etapas del sueño y toque los bordes sobrenaturales. El misticismo poético parece ser su obligada culminación o el surrealismo. Hablamos de poetas verdaderos, como Vicente Aleixandre, no de la extravagancia de los poetas puros y surrealistas del automatismo psíquico del verso o de los que buscaban una poesía que apoyada solamente en las sonoridades rítmicas de la palabra. Nos referimos a la segunda etapa del surrealismo que ofrece novedades en los recursos poéticos y en los procedimientos del relato, del teatro y del cine. Hölderlin dice: “El hombre es un dios cuando sueña, un pordiosero cuando reflexiona”

Ese sueño, conduce directamente a la poesía: “Mis historias son un modo de cerrar los ojos” —dice Kafka. Y muchos poetas y cuentistas —Kafka uno de ellos— recogen los materiales de su obra, “soñándolos”, y por eso surgen con materia de sueño, con su atmósfera de sueño, y su lógica extraña. Muchos cuentos de Kafka surgieron así. Muchos poemas de Aleixandre, también. Pero entonces, el sueño se vuelve una cosa muy seria, puede que se sueñe a lo largo de toda la vida. Y entonces, llegamos a creer que el sueño es nuestra existencia real y la vida se va modelando como un sueño. Sí, la vida es sueño —nos dice trémulo Segismundo— el símbolo o el mito de Calderón de la Barca. Así llegamos al soñador visionario para quien lo invisible es real, como afirma Vigny. Y puede ser que entonces el ensueño sea el poderoso estado del pensamiento o el más lúcido. Lo fue para los poetas simbolistas, desde Hugo —romántico— a Baudelaire, y de éste a Rimbaud. Lo fue para Gérard de

Nerval: "El sueño es una segunda vida. No he podido pasar sin estremecerme por esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del mundo invisible". En esa hondura espiritual —justo es decirlo— reside la fuente de todo poema Y más aún, del poema visionario

Sobre el Angel y el Hombre de Claudia Lars, sigue esa trayectoria intuitiva y misteriosa que se da en premoniciones del sueño Su génesis es romántica —ya lo hemos visto—; su cumbre, la subida al monte Carmelo de la poesía mística. De allí que surja una como visión magnífica, profética, en su poesía. Todo esto unido a una poética, a una conciencia luminosa de la forma

Y Claudia podría decir como Bécquer: "Yo nada sé, nada he estudiado, he leído un poco, he sentido bastante y he pensado mucho, aunque no acertaré a decir si bien o mal" Y podríamos contestarle: Pero eres poeta, y tienes fe en tu poesía. Recibiste, Claudia, un don maravilloso, el de transformar en poesía cuanto tocas, como el rey Midas Y aunque sepas "menos latín y menos griego", recuerda que la virtud del poeta no la concede ninguna Universidad Shakespeare fue maestro de ninguna Universidad y echó dos miradas a la vida y una a los libros, según su propia confesión.

Claudia Lars vive en perenne estado de gracia, vale decir, en estado poético Y en su poesía, construida sobre la memoria —sobre la adivinación del sueño, se levantan como recuerdos de confusos siglos y de gentes, reminiscencias de los mundos platónicos De allí que muchas de sus imágenes, contengan esa visión que nace fundida al sentimiento, de índole irracional —la segunda realidad del sueño, la realidad surreal— y su poesía emane así: en pleno éxtasis estético. El mecanismo puede ser algo así como un mundo de impresiones y sensaciones que se dirigen rápidas a la memoria fecundándola Y en plena emoción, se prepara el recuerdo Es un instante que se ahonda en una perspectiva de pasado. Sólo el poeta entiende el valor de aquella realidad actual situada en una lejanía de tiempo, en el que habrá de ser creado el poema. En un futuro resucita nostálgicamente la imagen ya transformada La sensación, refugiándose en la memoria, busca la inteligencia, que es ya "la conciencia poética". Así nacen los paraísos perdidos de Proust, por el camino de una sensación abocada a un éxtasis La realidad trascendente que da vida auténtica al poema. El poeta queda inmerso en un instante del pasado porque la sensación funciona como recuerdo Eso nos explica la poesía de Claudia Lars Su vuelta a la tierra de la infancia, persistentemente En más de un poema crea y recrea esa visión del pasado con la frescura fecunda de la sensación impresa, no olvidada. Resurrección de sensaciones, de lo ya vivido, como en *Donde Llegan los Pasos* y en *Fino Amanecer*.

La poesía de Claudia Lars se encuentra a gusto entre los sueños y los espíritus. Los instantes vividos dentro de la mónada esencial de su alma, y así quiere llegar a la absoluta verdad.

La génesis de su poesía es un estado del alma que busca expresarse tropezando con la palabra, apoderándose de ella, extasiada. Y diáfana, impalpable es la gasa de oro en que se envuelve su poesía Y así busca su liberación: desbordándose.

Sobre el Ángel y el Hombre es como un eslabón invisible entre lo finito y lo infinito, entre el mundo de los hombres y el de las almas.

Llegamos a la tercera parte del poema Sobre el Ángel y el Hombre. En el pórtico tropezamos con una sentencia de Bacon: "La primera creación de Dios fue la luz de los sentidos; la última fue la luz de la razón. Su obra del Sabbath es, desde entonces, la iluminación del espíritu" (Ensayo sobre la Verdad). Agarrados a este hilo racional, penetramos al recinto cerrado. Ahora Claudia Lars ha encontrado la verdad en el drama interno de su alma. La batalla fue larga, duró toda la vida o una infinita cadena de vidas. Ahora su albedrío es recto y sano. Ya no vacila la pequeña luz de su conciencia. De repente, como en un relámpago, hemos entendido su mensaje hondamente hallado. La hermética poesía de la primera parte, se abre hoy a la luz, tan diáfana, que hemos visto nacer en ella el alba. Claridad de alborada trae el ángel:

## I

De nuevo el silencioso vigilante

De nuevo aquí, en su noche  
poblada de semillas inmortales  
y pájaros dormidos;  
profundamente el ángel invencible:  
esa leve presencia sin pasiones,  
alumbrando las frentes que descansan.

De nuevo su mañana de luz virgen;  
su lirio mensajero;  
el fino colibrí —casi arco iris—  
la mujer, ya sembrada,  
y mi voz con el árbol de palabras.

Su blanco resplandor detrás vivía;  
sus alas poderosas  
eran la protección de mis espaldas;  
pero el ojo que entiende  
la luz —y con la luz mundo del ángel—  
escogió palideces de la luna  
y el horizonte falso.

Cambié al celeste amigo,  
al fundador de mi ciudad profunda,  
por rostros inasibles,  
mentiras del laurel sobre las aguas  
y jardines de humo.

Lo vendí, lo olvidé, no quise oírle,  
porque un cantor ardiente iba dejando  
su voz en mi regazo,  
mientras nacía —dentro de mis sueños—  
aquel tiempo de júbilo.

No pude estar con él y con el otro.  
No pude dividirme.  
Y el hombre del camino fácilmente  
penetró en el sagrado territorio,  
que siempre fue del ángel.

La tercera parte del poema *Sobre el Ángel y el Hombre*, no mantiene el elevado lirismo de las dos primeras. No mantiene el clima poético de sueño que le da un aire de misterio al encuentro con el ángel de la primera parte. Un hilo racional —y por ello más cercano a la prosa con sus apoyos lógicos— nos da el desenlace del drama después de asistir a la profunda batalla en los linderos del alma. La poesía es ahora más sencilla, directa, simple. El verso atado a un sentido claro en el relato, pierde su clarividencia. Ya no se necesitan símbolos ni sueños. El verso viene ahora reflexivo, sabio, cargado de pensamiento y sentimos que se nos deshace el polvo en los dedos, el polvo de unas alas de mariposa. Quedan allí sus cenizas como después de un alto fuego, pero está ahora la conciencia esclarecida. El ángel de Claudia Lars, alcanzó la liberación, pero perdió el poeta ala de sueño. Una honda reflexión nos invade cuando oímos:

## II

Le confiaron mi cuerpo temeroso  
y la pequeña luz de mi conciencia.

Arriba, adentro, abajo, no sé dónde,  
conoció rostro y rostro que usaría  
yo con cada pecado.

¡Capitán de tormentas,  
buscó en mi corazón fondo de mares!  
Bajó a la casa oscura;  
penetró en ella, como luz de sangre;  
abrió puertas que nunca recibían  
el aire iluminado;  
trajo su blanco aliento  
y fue calladamente a todas partes  
con el día de amor en la terrestre  
palpitación humana.

Encontramos deslumbradoras imágenes: “alta mi frente, como flor pensante”, pero hay más pensamiento que alada poesía. Por una vía lógica nos

habla de la "batalla de mi cuerpo con su propia substancia", y estamos en pleno dominio filosófico. Ese animal que "acaba lentamente y va naciendo el ángel en las manos del ángel", cabe en la lengua de la conversación y pierde su virtud poética que hace a la poesía, intraducible. ¿Cómo decir con otros signos, la altísima poesía de San Juan de la Cruz:

**¿Adónde te escondiste,  
amado, y me dejaste con gemido?**

No sería igual decir:

**Where can your hiding be,  
Beloved, that you left me thus to moan?**

¿Por qué? Por aquello que hemos alabado en la poesía de Claudia Lars en los dos primeros poemas: unidad de sentido y sonido. Dice Mallarmé: "On ne fait pas de vers avec des idées mais avec des mots". Porque la palabra del verso es idea con toda su constelación de imágenes trémulas.

Esa capacidad evocadora de la imagen, es el hallazgo estilístico, como cuando Claudia dice:

**Vas con el odio —el hacedor de noches—  
hundido en tu misterio.**

Y remata el canto V con verdaderas instantáneas líricas:

**Mi frente:  
avecillas golpeándose  
las alas.**

**Mi verso:  
pequeña luz,  
apenas alumbrando.**

Y una profunda ética en las últimas oraciones; pero el poeta y el pensador debe resolverlo todo en cabal unidad:

**Que la luz primogénita  
ilumine la mente de los hombres.**

**Que la paz de los sueños y los cantos  
se establezca en el mundo para siempre.**

**Que aprendamos, gozosos,  
a servir como libres servidores.**

**Que olvidemos agravios,  
instalando el amor en ese olvido.**

Que el ángel más radiante  
con nuestro propio corazón nos guíe.

Que así sea. Así sea.  
Y que yo, humildemente,  
cumpla mi humilde día de servicio”

El enigma de la clave alegórica de San Juan de la Cruz en sus poemas inmortales, es ofrecido por el santo, en prosa “dice cinco cosas La primera, que ya su alma está desasida y ajena de todas las cosas La segunda, que ya está vencido y ahuyentado el demonio (aminadab) La tercera, que ya están sujetadas las pasiones y mortificados los apetitos naturales La cuarta y la quinta, que ya está la parte sensitiva e inferior reformada y purificada, y que está conformada con la parte espiritual”

El símbolo del ángel, en el poema de Claudia Lars, se resuelve en la tercera parte, pero ya no se expresa en las radiantes imágenes de las anteriores, y busca un ritmo más libre que no se asemeja a las perfectas liras con que se inicia el poema No obstante, bien merecía **Sobre el Angel y el Hombre**, el primer premio del certamen nacional

